

— Un *tête à tête* galante, murmuró Jorge.

Pero al atravesar el invernadero vió á su mujer sentada cerca de Laroche-Mathieu casi ocultos ambos detrás de un bosquecito de plantas, y parecía como si dijese:

« Nos hemos dado una cita pública en este sitio, porque nos burlamos solemnemente de la opinión. »

M^{me} de Marelle reconoció que aquel Jesús de Karl Marcowitch era extraordinario, y se alejó de allí con Du Roy. Habían perdido de vista al marido.

— ¿Y Laurina? preguntó Jorge, ¿ me odia siempre?

— Sí, siempre lo mismo. Rehusa verte y se va en seguida que se habla de ti.

Jorge no respondió nada. La repentina enemistad de aquella niña le desazonaba y pesaba sobre él como un recuerdo desagradable.

Al volver de una puerta Susana los encontró :

— ¡Ah! helos aquí. Pues bien, Buen Mozo, se va Vd. á quedar solo. Yo me llevo á la hermosa Clotilde para enseñarle mi habitación.

Y las dos mujeres desaparecieron rápidamente, deslizándose á través de la gente con ese movimiento ondulado de culebra que saben tomar para abrirse paso por entre la muchedumbre.

Casi inmediatamente una voz murmuró :

— ¡Jorge!

Era M^{me} Walter que le dijo en voz baja :

— ¡Oh! pero qué ferozmente cruel es Vd. conmigo y cómo me hace sufrir inútilmente. He tenido que dar encargo á Susanita que se llevase á la que acompañaba á Vd. á fin de poderle decir una palabra. Escuche... es preciso... es preciso que yo le hable esta noche... ó si no... si no... no sabe Vd. lo que haré. Vaya al inver-

nadero. Allí encontrará Vd. á la izquierda una puerta que le llevará al jardín. Siga la alameda de enfrente y á lo último verá un pabellón. Espéreme de aquí á diez minutos. Si Vd. no quiere, le juro que armo un escándalo aquí mismo, en seguida.

Jorge respondió con altanería :

— Sea. Estaré en el sitio que Vd. me indica de aquí á diez minutos.

Y se separaron. Estuvo en poco que Jacobo Rival no le hiciese caer en falta. Había tomado su brazo y le refería una porción de cosas con aire muy exaltado. Sin duda acababa de salir del buffet. Du Roy le dejó al fin en manos de Mr. de Marelle á quien había vuelto á encontrar entre dos puertas y desapareció, no sin tener todavía necesidad de ocultarse de su mujer y de Laroche. Eso le fué fácil, porque parecían muy animados en la conversación, y llegó por último al jardín.

El aire frío le embargó inmediatamente cual si fuese un baño de hielo, y pensó : « Pardiez, voy á pescar un catarro » y se puso el pañuelo al cuello á modo de corbata. Después siguió á paso lento la alameda pues veía mal al salir de aquella gran luz de los salones.

Á la derecha y á la izquierda distinguía arbustos sin hojas, y las menudas ramas, á través de las cuales pasaban los resplandores grises de los balcones del hotel, se movían temblorosas al impulso del viento.

En medio del camino, Jorge distinguió una forma blanca, delante de él precisamente. Era M^{me} Walter que tenía la garganta y los brazos desnudos :

— ¡Al fin estás aquí! balbuceó temblando. ¿ Por lo visto tú quieres matarme?

— Nada de drama, te lo ruego, dijo tranquilamente Jorge, ó de otro modo me largo en seguida.

Ella le había cogido por el cuello y le decía poniendo los labios junto á los suyos :

— ¿Pero qué es lo que te he hecho? Te conduces conmigo como un miserable. Dime lo que te he hecho.

Jorge intentaba rechazarla.

— Has enroscado tus cabellos á todos mis botones la última vez que te he visto y ha estado en poco que eso ocasionara una ruptura entre mi mujer y yo.

M^{me} Walter quedó sorprendida, pero luego empezó á decir que no con la cabeza :

— ¡Oh! tu mujer se ríe de eso. Será alguna de tus queridas la que te haya promovido alguna escena.

— Yo no tengo queridas.

— ¡Cállate! ¿Por qué, entonces, no vienes á verme? ¿Por qué rehusar comer siquiera una vez por semana conmigo? Es atroz lo que sufro; te amo hasta el extremo de no tener ya un solo pensamiento que no sea para tí, de no poder mirar nada sin que te vea delante de mis ojos, de no permitirme pronunciar un nombre sin tener miedo de pronunciar el tuyo. ¡Tú no comprendes esto! Me parece como si estuviese presa entre garras, atada dentro de un saco, ni siquiera sé cómo estoy. Tu recuerdo, que me acompaña siempre, me estrecha la garganta, me desgarras algo en el pecho, en el seno, me quiebra las piernas hasta no dejarme fuerza para andar. Y lo mismo que una bestia me estoy todo el día, horas y horas, sentada en una silla y pensando en tí.

Du Roy la miraba con extrañeza. No era la madura y retozona muchachuela que había conocido sino una mujer loca de pasión, desesperada, capaz de todo.

Un proyecto vago nacía entonces en su espíritu.

— Querida mía, respondió Jorge. El amor no es eterno, se toma lo mismo que se deja. Pero cuando

llega á suceder lo que ocurre con nosotros, se convierte entonces en una penitencia horrible y no quiero pasar por ella. Ahí tienes toda la verdad. Sin embargo, si sabes ser razonable, y recibirme y tratarme como se trata y se recibe á un amigo, volveré como antes á tu casa. ¿Te sientes capaz de eso?

M^{me} Walter posó sus desnudos brazos sobre el frac de Jorge y murmuró :

— Soy capaz de todo con tal de verte.

— Entonces es cosa convenida, dijo el periodista. Somos amigos y nada más.

— Bueno, está convenido, balbuceó la señora.

Después acercó hacia él sus labios :

— Un beso todavía... el último.

Jorge rehusó suavemente.

— No. Es preciso respetar nuestros acuerdos.

M^{me} Walter se volvió enjugándose dos lágrimas, y sacando luego de su corpiño un paquete de papeles atado con una cinta de seda rosa se lo presentó á Du Roy :

— Aquí tienes, esa es tu parte de beneficio en el negocio de Marruecos. Tan contenta como estaba yo de haber ganado esto para ti... Toma, guárdalo...

Jorge quería rechazarlo :

— No, no quiero recibir ese dinero.

La señora entonces se sublevó :

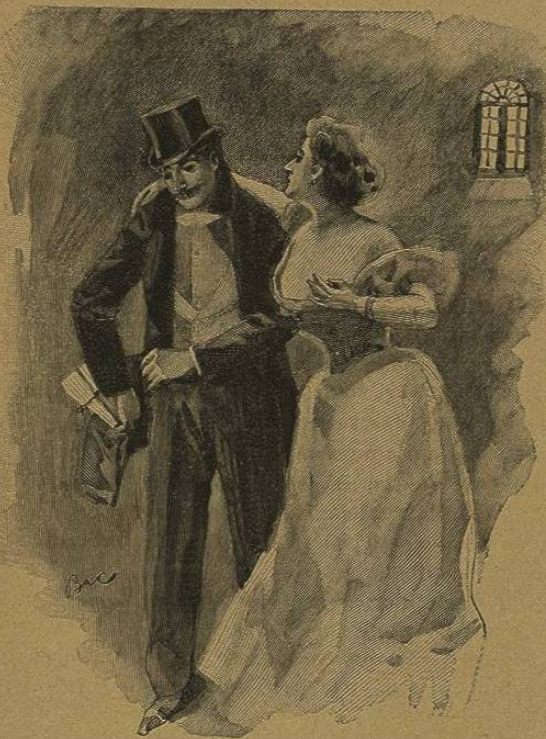
— ¡Ah! ¡No me harás eso! Este dinero es tuyo, y si no lo tomas, lo arrojaré á la basura. No me harás eso ¡Jorge!

El periodista tomó el pequeño paquete y lo deslizó en su bolsillo.

— Es preciso que entremos, dijo Du Roy, vas á coger un catarro pulmonar.

— ¡Mejor! murmuró ella. Si pudiera morir...

Y tomándole una mano la besó con pasión, con rabia, con desesperación verdadera, y huyó luego hacia el hotel.



Du Roy se volvió también pero despacio, entregado á sus reflexiones, y al pasar por el invernadero, entró con la frente altiva y sonriente.

Su mujer y Laroche no estaban allí. La multitud iba

disminuyendo y parecía evidente que el público no se quedaba al baile. El periodista divisó á las dos hijas de Walter, una del brazo de la otra, y ambas se dirigieron á él para pedirle que formase la primera *quadrille* con el conde de Latour Ivelin.

— ¿Todavía otro? ¿Quién es ese? preguntó Du Roy con extrañeza.

— Es un nuevo amigo de mi hermana, respondió Susana maliciosamente.

Rosa se ruborizó:

— Eres una pícara, Susana; ese señor no es más amigo mío que tuyo.

Susana sonreía.

— Yo me entiendo.

Rosa les volvió la espalda y se alejó incomodada.

Du Roy tomó familiarmente del codo á Susana que se había quedado cerca de él y le dijo con voz acariciadora:

— Escuche, mi querida niña, ¿Vd. me cree verdaderamente su amigo?

— Ciertamente que sí, Buen Mozo.

— ¿Tiene Vd. confianza en mí?

— Absolutamente.

— ¿Se acuerda de lo que hace poco le dije?

— ¿Á propósito de qué?

— Á propósito de su casamiento, ó más bien á propósito del hombre con quien Vd. haya de casarse.

— Sí, me acuerdo.

— Pues bien, ¿quiere Vd. prometerme una cosa?

— Sí, ¿pero cuál?

— Consultarme cada vez que alguno pida su mano y no aceptar á nadie sin haber oído mi juicio.

— Sí, cuente Vd. con ello.

— Y es un secreto que ha de quedar entre nosotros. Ni siquiera una palabra á papá ni á mamá.

— Ni una palabra.

— ¿Bajo juramento?

— Bajo juramento.

Rival llegaba en aquel momento con aire de hombre atareado :

— Señorita, su papá la llama para el baile.

— Vamos, Buen Mozo, dijo la joven.

Jorge rehusó, pues estaba decidido á partir en seguida á fin de estar solo para pensar. Una infinidad de cosas nuevas acababan de penetrar en su espíritu y se echó á buscar á su mujer. Pasado algunos momentos la encontró tomando chocolate en el *buffet* con dos caballeros desconocidos á los cuales hizo la presentación de su marido, pero sin decir á éste el nombre de aquellos señores.

— ¿Partimos? dijo Jorge después de algunos instantes.

— Cuando quieras.

Magdalena tomó el brazo de su marido y juntos atravesaron los salones, en los cuales iba ya siendo muy escaso el público.

— Quisiera decir adiós á M^{me} Walter, ¿dónde está? dijo la mujer de Du Roy.

— Es inútil, contestó éste; trataría de retenernos para el baile y estoy cansado de todo esto.

— Es verdad, tienes razón.

Desde el hotel de Walter hasta su casa, los Du Roy no hablaron una sola palabra, pero inmediatamente que entraron en la alcoba, Magdalena dijo sonriente á su marido, sin esperar siquiera á quitarse el velo :

— ¿No sabes? Tengo una sorpresa que darte.

Jorge refunfuñó mal humorado :

— ¿Qué es ello?

— Adivina.

— No quiero esforzarme.

— Pues bien. ¿Es pasado mañana el primero de año?

— Sí.

— Es el momento de los aguinaldos, ¿no es eso?

— Sí.

— Aquí tienes los tuyos que Laroche me ha dado hace un momento, dijo Magdalena presentándole una cajita negra que parecía un estuche para joyas.

El periodista lo abrió con indiferencia y, al ver la cruz de la Legión de Honor, palideció ligeramente, pero en seguida sonrió.

— Habría preferido diez millones. Esto no le cuesta caro.

Magdalena se prometía que su marido se exaltaría de júbilo, y se irritó al ver la frialdad con que recibió el obsequio.

— Es increíble cómo eres. Nada te satisface ahora.

— Ese hombre no hace más que pagar su deuda, y todavía me debe mucho, respondió Du Roy tranquilamente.

Su mujer se extrañó del acento con que pronunció la última frase.



— Y sin embargo, volvió á decir Magdalena, á tu edad es una distinción brillante.

— Todo es relativo. Yo pudiera tener más, hoy.

El periodista había tomado el estuche, que colocó sobre la chimenea, y por algunos instantes examinó la estrella brillante que estaba acostada dentro. Luego le volvió á cerrar y, encogiéndose de hombros, se metió en la cama.

El diario *Oficial* del 1º de enero nombraba, en efecto, caballero de la Legión de Honor, por servicios excepcionales, á Mr. Próspero Jorge Du Roy, publicista.

El nombre estaba escrito en dos palabras, lo cual produjo en Du Roy un placer mayor que la condecoración misma.

Una hora después de haber leído aquella noticia que se había hecho pública, recibió una invitación de M^{me} Walter, suplicándole fuese aquella misma noche á comer á su casa, acompañado de su señora, para celebrar la distinción de que había sido objeto.

Jorge vaciló algunos minutos y, arrojando por fin al fuego aquel billete escrito en términos ambiguos, dijo á Magdalena:

— Esta noche comeremos en casa de los Walter.

— ¡Cómo! respondió ella con extrañeza. ¡Yo creí que no querías poner más allí los pies!

— He cambiado de idea, murmuró Jorge solamente.

Cuando los Du Roy llegaron, M^{me} Walter estaba sola en el pequeño *boudoir* Luis XVI adoptado por ella para sus recepciones íntimas. Vestida de negro y espolvoreados de blanco los cabellos, la señora del millonario resultaba encantadora. Vista de lejos tenía el aire de una vieja,

si se la examinaba de cerca parecía una joven, y mirada con detenimiento tenía todas las apariencias de un hermoso artificio que deslumbrase los ojos.

— ¿Lleva Vd. luto? preguntó Magdalena.

— Sí y no, respondió M^{me} Walter tristemente. No he sufrido la pérdida de ningún pariente, pero he llegado á la edad en que una comienza el luto de su vida. Hoy me lo he puesto para inaugurararlo y en lo sucesivo lo llevaré en el corazón.

— ¿Durará mucho este propósito? pensó Du Roy.

La comida estuvo un poco triste, sin que por eso dejase de recibir el periodista calurosas felicitaciones por su nombramiento. Susana fué quien más habló, charlando sin cesar durante la comida, mientras que su hermana Rosa, al parecer preocupada, apenas si despegó los labios.

Concluido que hubieron de comer, todos se levantaron para pasear un poco por los salones y por el invernadero. Du Roy iba un poco detrás con M^{me} Walter.

— Escuche, le dijo en voz muy baja y reteniéndole por el brazo. No le hablaré ya más de nada, jamás, pero venga á verme, Jorge. Ya ve como no le tuteo. Me es imposible vivir sin verle, es una tortura que nadie puede imaginarse. Le sienta á Vd., le tengo siempre en mis ojos, en mi corazón y en mi carne, todo el día y toda la noche, lo mismo que si Vd. me hubiese hecho beber un veneno que me royera dentro. No puedo, no puedo. Bien quiero no ser para Vd. otra cosa que una vieja y por eso me he teñido el pelo de blanco, pero venga á verme, venga de cuando en cuando como un amigo.

La señora le había tomado la mano y se la estrechaba hasta magullársela hundiendo las uñas en su carne.

— Perfectamente, respondió Jorge con calma. Es inútil hablar de eso. Ya ve cómo he venido hoy en seguida al recibir su carta.

Walter que iba delante con sus dos hijas y Magdalena, esperó á Du Roy cerca del « Jesús caminando sobre las olas. »

— Figúrese Vd., le dijo riendo, que ayer encontré á mi mujer arrodillada al pie de este cuadro, como en una capilla, y haciendo sus devociones. Lo que he reído no puede Vd. figurárselo.

M^{me} Walter replicó con una voz firme en la que vibraba una exaltación secreta :

— Este Cristo es el que salvará mi alma. Todas las veces que le miro me presta valor y fuerza.

Y deteniéndose enfrente de Jesús de pie sobre el mar, murmuró :

— ¡Qué hermoso es y cómo esos hombres le temen y le aman! ¡Miren Vds. la cabeza y los ojos! ¡Qué sencillo y qué sobrenatural al mismo tiempo!

— Pero noto que se parece á Vd., Buen Mozo, gritó Susana. Estoy segura que se le parece. Como Vd. llevase barba ó él estuviese afeitado, serían Vds. completamente iguales. ¡Oh! ¡pero es singular, qué parecido!

La joven quiso que Jorge se colocara de pie al lado del cuadro y todo el mundo convino en que efectivamente las dos caras se parecían mucho.

Cada cual dijo su cosa. Walter encontraba aquello verdaderamente singular y Magdalena afirmó sonriendo que Jesús tenía un aspecto más viril.

M^{me} Walter, que permanecía inmóvil, contempló con mirada fija el rostro de su amante junto al del Cristo, y el suyo propio se volvió del mismo color que sus cabellos blancos.

